

# La sociología en Colombia: vocación, disciplina, profesión e historia\*

Fernando Uricoechea

## Vocación e individuo

**E**stamos aquí reunidos para cumplir con uno de esos rituales que le confieren un carácter casi sacramental a la actividad o evento en función del cual se organizan y se justifican tales rituales. Pero bien vistas las cosas, en verdad estamos en el punto de encuentro de dos rituales. Para la institución, en efecto, esta ocasión hace referencia a un ritual periódico que se renueva al comienzo de un nuevo ciclo de actividades docentes. Para los estudiantes que ingresan al posgrado, en cambio, el ritual corresponde a lo que los antropólogos han dado en llamar un rito de pasaje, que yo preferiría, para ser más castizo y preciso, denominar rito de transición. Estos últimos rituales tienen una función extraordinaria en la vida del iniciado: transformar su identidad, su persona, en la medida en que el ritual hace posible el paso definitivo, irrevocable, de un estatus a otro.

La única diferencia ostensible entre los ritos tribales de transición que dieron origen al concepto —y, por supuesto, los de la vida religiosa de sociedades postribales, letradas, como el Bar Mitzvah judío o el bautismo cristiano— y este rito académico de transición en el cual están participando ustedes, los que se inician, es que los primeros tienen una duración breve, máximo de horas, días o inclusive semanas. El de ustedes, de otro lado, tiene una duración mucho mayor: de tres a cuatro años, como mínimo y, para los más afortunados, de toda una vida.

Que una transformación de la identidad — que se manifieste tan extenso lapso es, de su carácter sintomático de la trascendencia del cambio — sintomático, por un lado, de la naturaleza compleja y rica del mundo con el que entran en contacto ustedes desde ahora en contacto y, por otro, del profundo proceso de transformación interior para cada uno de ustedes.

Del mundo en que se inician ustedes a partir de hoy no es necesario hablar. Todos ustedes tienen una idea al menos vaga de él y ya han estado de alguna manera en contacto con él: me refiero, por supuesto, al mundo de la ciencia. La función que le corresponde al Departamento de Sociología en todos estos años dentro del Programa de Posgrado será justamente la de familiarizarlos de la forma más íntima posible con ese mundo

mediante el estudio, mediante la pasión, que es el significado etimológico original de la palabra latina *studium*.

La otra faceta de este proceso, la individual, la personal, pasa precisamente por la noción de estudio. Es por medio de él que se exponen ustedes a una nueva experiencia: al encuentro con la posibilidad de hacer propia la dimensión más atractiva de la ciencia: el ancho mundo de la investigación. El encuentro con ese mundo, por lo demás, es el elemento más propicio para el descubrimiento de una sensibilidad personal para con el conocimiento.

El ejercicio y cultivo de esa nueva sensibilidad personal, a su turno, nos permite contribuir por medio de nuestra producción científica a enriquecer el acervo de conocimiento científico y, tan importante como lo anterior, a enriquecer nuestra mirada y percepción del mundo.

Ahora bien. Los frutos que ustedes pueden recoger de toda esta experiencia y de este prolongado ritual son de una doble naturaleza. En primer lugar, y por más extraño que pueda parecer, la experiencia posgraduada puede contribuir de modo extraordinario y privilegiado a uno de los procesos más decisivos en toda biografía humana: me refiero a lo que el psicoanalista austríaco Carl Jung llamaba el proceso de "individuación". El proceso de individuación es, para cada individuo, la tarea psicológica más importante desde el punto de vista de la psicología jungiana. Brevemente descrito, dicho proceso consiste en el desarrollo del yo por medio de la integración de nuestra voluntad con nuestro destino. Al tomar conciencia de las conexiones numinosas con la vida que nos circunda, logramos intuir que detrás de los eventos aparentemente fortuitos existe un orden en nuestra vida que le da sentido a nuestro destino. Colaborar de modo cotidiano en la construcción de ese sentido es el camino que conduce a la individuación de cada yo. No me cabe la menor duda de que la experiencia que van a estar ustedes viviendo durante los próximos años constituye, entonces, una oportunidad para caminar en esa dirección. Que la sepan aprovechar va a depender en buena medida de los nexos vitales que ustedes logren establecer entre la ciencia y la persona, entre el conocimiento y el yo.

El segundo fruto que van a obtener al final de este viaje toca directamente con el futuro ocupacional de cada uno de ustedes. No sólo vivimos en un mundo profesional. Vivimos en un mundo cada vez más profesional. Nunca en la historia estuvo el trabajo humano más regulado y dominado por las exigencias de la noción de profesión. De todas las ocupaciones, las profesiones son las únicas que integran de modo orgánico un sistema abstracto de conocimiento, una formación escolar rigurosa y exigente y una actividad productiva. Y el posgrado constituye, por supuesto, el camino más expedito para tener acceso a ese mundo profesional. De aquí podrán salir ustedes, pues, como verdaderos profesionales; como personas que poseen el dominio intelectual de un campo especializado del saber humano, lo cual les servirá, óigase bien, para vivir de la profesión. Pero la profesión no sólo les servirá como una herramienta para adquirir cierta seguridad

material. Les servirá también para adquirir una de las metas morales esenciales de toda persona con un carácter correctamente educado, a saber: la mayoría de edad en lo que hace a la capacidad de poseer criterios adecuados para el juicio del mundo y de los hombres.

Quisiera ahora plantearles algunos de los retos y alternativas que encontrarán ustedes en su profesionalización como sociólogos.

## **Disciplina y profesión**

La sociología es de modo simultáneo un saber disciplinario y un saber profesional. Como disciplina y de forma típico-ideal, la práctica sociológica se desarrolla en el espacio del mundo académico con miras a desarrollar el conocimiento sociológico de la realidad sin aprehensiones ni reservas teóricas ni prácticas con respecto a saberes solidarios como los de la antropología, la historia, la economía y el derecho. Como profesión, la práctica sociológica se orienta de manera inexorable hacia —y vive de— el mercado de trabajo extra universitario

El desarrollo —al nivel de la ciencia así como al nivel de nuestra nacionalidad— requiere de ambos tipos de prácticas sociológicas y, por lo tanto, de sus correspondientes sociólogos : esto es, sociólogos académicos y sociólogos profesionales. Profesionales académicos y profesionales a secas. Ambas prácticas, con sus correspondientes tareas y deberes, son indispensables en un doble y dialéctico sentido: por un lado, el saber académico se legitima en la medida en que el saber profesional especializado y aplicado en el mercado se muestra competente y eficiente. Por otro lado, en la medida en que la práctica académica del saber se revela eficaz, se facilita la legitimación del saber profesional que resulta de la práctica académica.

## **La disciplina y sus desafíos**

La visión y las perspectivas de la sociología como disciplina, exige reflexiones y toma de posiciones frente a un cúmulo de cuestiones teóricas y práctico-morales. ¿Qué clase de ciencia queremos hacer? ¿Acaso una ciencia como la de hoy, en la que —como en la racionalidad práctica del derecho o en la racionalidad teórica del positivismo sociológico— lo que cuenta y da justificación racional es el procedimiento correcto, versión excelsa del ritualismo científico? ¿O, por el contrario, una ciencia que se oriente más por la aspiración de darle alas a nuestro enriquecimiento intelectual y espiritual gracias al ejercicio del ingenio, de la crítica, y de la exploración?

¿Tenemos, de veras, una visión filosófica o ideológica suficientemente clara o consciente de lo que es la sociología? ¿De lo que ella nos puede ofrecer, de los destinos que nos puede revelar, de cómo se puede transformar en nuestras manos y, de paso, ayudar a transformarnos?

¿No hemos caído nosotros mismos, por acaso, en el ritualismo sociológico que tanto nos gusta señalar en la vida cotidiana? ¿Acaso nos hemos preguntado sobre cuál es la finalidad de nuestro obrar como sociólogos? ¿Somos sociólogos o apenas desempeñamos el papel de sociólogos? ¿No empobrecemos el conocimiento sociológico y a nosotros mismos con nuestro empeño por hacer de ese conocimiento apenas un ejercicio de responsabilidad profesional? De pronto nos falta ayudar a construir—y a apropiarnos de—una cultura académica de inspiración estamental que ennoblezca y exalte nuestro oficio como científicos sociales gracias al cultivo desinteresado del conocimiento disciplinario y a la transformación de nuestra actividad académica en un genuino modo de vida. De pronto nos falta, también, salir de ese aislamiento y especialización disciplinarios que poco a poco nos ha ido imponiendo la cultura de la modernidad en aras de una mal entendida experticia.

Uno de los desafíos radica en la recuperación del espíritu de las humanidades, esto es, la idea de que todo conocimiento realmente significativo tiene arraigo en una tradición intelectual en función de la cual dicho conocimiento adquiere todo su esplendor y toda su racionalidad a la vez. Es esa idea la que fue extirpada por el imperialismo o el reduccionismo positivista. Todo sentido de jerarquía, de grados o de niveles de “autoridad” en el seno de un sistema de conocimiento—“autoridad” medida en términos de la intensidad de su sentido—ha desaparecido. Ahora cualquier unidad de conocimiento es tan importante como cualquiera otra. Y la importancia relativa de cada unidad depende apenas de mis preferencias personales y de mis necesidades pragmáticas. La “autoridad” del conocimiento—es decir, la formidable y potísima atracción que él ejerce de modo inherente—se atomiza, se fragmenta, se individualiza, se torna personal. El conocimiento, en otras palabras, se divorció de una comunidad de creencias, de valores y de sentimientos.

Pero las anteriores no son las únicas consecuencias del positivismo científico. El imperio del dato ha traído consigo la eliminación del asombro, que es el fundamento de la pasión por el conocer. El dato puja por desplazar el sentido y sólo lo acepta en la medida en que se psicologiza y abandona su aura hermenéutica. En otras palabras, se acepta el restringido sentido mentado weberiano (*Meinung*) pero se ignora metodológicamente el sentido hermenéutico (*Deutung*).

Menospreciamos cualquier esfuerzo por reformular con ingenio cosas viejas por estar siempre en busca de decir cosas nuevas: esa es otra de las consecuencias generadas por la carencia de una tradición y por la urgencia del dato.

Para responder a todos esos desafíos hay que articular el acto y la estructura del conocer disciplinado a una experiencia compartida, colectiva, social. Habría que descartar el ideal quimérico y huero de “la objetividad pura”. Habría que superar la idea según la cual la legitimidad del conocimiento depende exclusivamente de su objetividad para así poder transformar el conocimiento y su ideal en un principio de sabiduría y de

perfeccionamiento y enriquecimiento personales. El desafío remite a la idea de hacer de la sociología y, en general, de las ciencias sociales, un instrumento para nuestra inserción en el mundo y no sólo en la academia. O, si se prefiere, hacer de la sociología un instrumento —y aquí empleo un adjetivo temerario— “profético” que nos ayude a reconstruir la relación hombre-mundo de forma más plena y llena de sentido.

## La profesión y sus desafíos

Muy otros son los desafíos que se plantea el sociólogo que no vive en el mundo “estamentalizante” —ansioso de distinción ocupacional y de autoridad intelectual— propio de la vida genuinamente académica. Ese sociólogo, menos privilegiado que su contraparte académica, está mucho más sometido a la lucha por la existencia material ferozmente competitiva y característica del mercado ocupacional dentro del cual se mueve. Para ese sociólogo, más aún, la práctica sociológica pocas veces puede convertirse en un instrumento de enriquecimiento y de cultivo personales. Materialmente desprotegido ante la inexistencia de privilegios cuasi-estamentales propios de la vida académica, el sociólogo profesional a secas deja, para hacer uso de una fina pero obvia distinción weberiana y aristotélica, de vivir para la sociología y, por el contrario, comienza a vivir de ella. Ese es el criterio decisivo y virtualmente trágico para la distinción entre profesión y vocación. No hay, en esas condiciones materiales de existencia, oportunidades para el fructífero y fecundo *otium cum dignitate*, el ocio digno, del mundo y de la cultura académicos. Se ha dado con alguna frecuencia entre nosotros, los sociólogos académicos de la Universidad Nacional, dicho sea de paso, un ocio que ha perdido su dignidad por su esterilidad creativa. Ocio, por supuesto, es una manera de decir. La raíz histórica de la semántica del ocio es la aristocrática Antigüedad Latina en la cual el ocio no es, de ninguna manera, un escape del trabajo alienado sino, por el contrario, una oportunidad para alimentar y dar forma a lo que, más de veinte siglos después, la cultura alemana llamaba la *Bildung*, esto es, la estilización estética de la expresión como instrumento de formación y cultivo moral.

El sociólogo profesional no cuenta, pues, con la fortuna ni los privilegios del sociólogo académico. Es más. Se enfrenta a dos retos morales idealmente siameses: dar, en primer lugar, cuenta acertada de las causas del malestar de la vida cotidiana de la nación generada por el narcotráfico, la guerrilla, los paramilitares y, en general, de la anomia que nos anonada y consume y que impide la constitución de una nación en paz, políticamente democrática, culturalmente rica y materialmente próspera y, en segundo lugar, dar cuenta de lo anterior con el estilo y la gracia que sólo un sólido saber disciplinario podría insuflarle. Entran, así, en escena, en una simultaneidad afortunada, la honra y el amor propio. La honra puesta en juego del saber esforzado en tratar de mostrar a la nación entera que la sociología tiene cosas importantes que decir sobre múltiples y diversas dimensiones de la vida nacional; y el amor propio que se hace valer cuando ese saber es

empleado con la destreza, la precisión, la competencia y el estilo de un samurai, es decir, de un virtuoso.

Esa tarea formativa del sociólogo profesional nos compete a los sociólogos académicos. Mi percepción es, en efecto, que el desempeño competente de ese sociólogo profesional en gran medida depende de la formación que logremos darle durante su paso por esta escuela. Y esa tarea corre con muchas más probabilidades de éxito en la medida en que sepamos actuar, para expresarlo con un tropo de Antanas Mockus, de forma anfibia, capaces de vivir en los espacios propios de dos clases biológicas diferentes. Sabiendo conjugar, en el aula y en el campo de la investigación, esas dos prácticas sociológicas.

Esas condiciones, me temo, están lejos de darse por el momento. La formación académica que estamos impartiendo es, a mi juicio, obsesivamente academicista —con las carencias que ello implica en términos de desarrollo metodológico— y demasiado parroquial —por nuestra fijación excesiva en el mundo de los clásicos en desmedro de los desarrollos teóricos contemporáneos. No es esa, con toda certeza, la formación sociológica profesional que la nación exige y necesita de nuestra disciplina.

En cierta forma, nosotros, los miembros del cuerpo académico, vivimos, con todo derecho, para la sociología pero nada nos autoriza a que, por nuestro narciso enclaus-tramiento académico y nuestra concepción pretendidamente estamentalizante, impida-mos que nuestros educandos vivan de la sociología. El de la sociología no es, como sugiere el atractivo pero doloroso título de la novela de Ciro Alegría, un mundo ancho y ajeno sino, muy por el contrario, un mundo ancho y todo nuestro. Nuestro, quiero decir, de los sociólogos académicos y de los sociólogos profesionales.

## La historia

“Uno debe explicar el linaje y la historia para eliminar dudas respecto a la autenticidad de las enseñanzas y la transmisión.”

Proverbio tibetano

Toda la temática anterior sobre la cultura académica y la formación disciplinaria, por último, está vinculada a la concepción tanto de lo que lo que significa la sociología como de las funciones que puede desempeñar entre nosotros. A este respecto, conviene recordar que, en sus comienzos en nuestro país, el Departamento de Sociología de nuestra Universidad hizo suya la idea de una disciplina que fuese, antes que todo, nacional, científica y política.

La aspiración a que poseyese un carácter científico parecería o habría parecido una redundancia innecesaria si no hubiera sido por los antecedentes diletantes de la reflexión sociológica nacional anterior —piénsese, por ejemplo en la obra de Luis López de Mesa

o en la de Rafael Bernal Jiménez—que hacía imperioso y comprensible trazar fronteras precisas de demarcación del nuevo tipo de reflexión con respecto al anterior. Esa necesidad de demarcación del objeto disciplinario y de los métodos y teorías que hoy le acompañan después de dos generaciones tornan ahora superflua la necesidad de reivindicar una sociología científica. ¿Qué otra cosa podría ser ella si no científica? ¿Acaso hay que seguir luchando, sesenta años más tarde, contra los fantasmas de un pasado diletante, anémico y vetusto? Seguir reclamando una sociología científica por oposición a una diletante en el mundo contemporáneo equivale —para usar una figura literaria anglosajona— a darle garrote a un caballo ya muerto.

La aspiración de una sociología nacional, a su vez, se puede comprender en términos del contexto histórico coyuntural dentro del cual fue germinando nuestra sociología. La dimensión más concreta de ese contexto histórico la determinaba la problemática imperialista planteada de modo teórico en clásicos textos marxistas como los de Lenin y de Hilferding sobre el capital(ismo) financiero y, una generación posterior, el de Paul Baran sobre la economía política del subdesarrollo; y de forma práctica con la para entonces reciente experiencia de la Revolución Cubana y los movimientos de liberación nacional de África y del Sureste Asiático. Pero al margen del explicable contexto histórico descrito, la opción de una sociología nacional podría prestarse para lanzar los dos juicios siguientes: por un lado, el temor injustificado —que, como una profecía autocumplida, validaría la interpretación imperialista de una presencia sutil y demoníaca del Imperio en todos los ambientes del espíritu nacional, incluido el de la academia y el de la intelligentsia nacionales— de una intromisión imperialista en la práctica disciplinaria y científica de sociólogos nacionales. Y, por el otro, parecería también desnudar, de modo dialéctico, una concepción dependiente, subordinada y heterónoma, de la capacidad de construir una auténtica sociología nacional. ¿Es que acaso lo que estaba en juego era la posibilidad y probabilidad de hacer tal género de sociología? ¿Es que no cabía pensar que nuestra capacidad creativa era lo suficientemente genuina como para temer su eventual polución por influencias imperialistas? Las innecesarias inseguridades en este sentido están ligadas a —y provienen de— la concepción entonces dominante sobre las relaciones entre la ciencia y la política. Y ese es el tema de la siguiente reflexión.

La aspiración de una sociología política, a su turno, es de igual forma explicable en términos de la agudización de ciertos rasgos del sistema político colombiano propio del tercer cuarto del siglo pasado y, para ser más precisos, de toda la historia partidista anterior. Una conciencia nacional ilustrada y crítica sobre la naturaleza oligárquica y antidemocrática de nuestro sistema político había encontrado oportuno espacio para su expresión en el seno del mundo académico. Pero la ocupación de un espacio de esa naturaleza obedeció a un factor de gran envergadura por su naturaleza estructural. Ese factor tenía que ver con la escasa diferenciación estructural existente en el sistema nacional de instituciones de tal forma que las funciones especializadas teóricamente asignadas a cada una de ellas y prácticamente esperadas por una conciencia moderna no eran

desempeñadas de modo competente. En concreto, el carácter cerrado y oligárquico del sistema partidista impedía una adecuada articulación de intereses y éstos encontraban una forma alternativa de articulación por medio de las instituciones científico-académicas. (Dicho sea de paso, este mismo rasgo explica de igual modo la vigorosa participación de los movimientos estudiantiles de entonces en tareas funcionalmente ajenas a la propia problemática universitaria.) En suma, la debilidad e incapacidad del sistema de partidos como vocero genuino de intereses colectivos hizo necesaria su substitución por alternativas funcionales que llenasen ese vacío.

Pero esa tarea política asumida por instituciones científico-académicas venía a ser también un grave síntoma de los obstáculos a nuestro proceso de modernización y de nuestro anclaje en la premodernidad. No deja de ser tentador, en efecto, pensar que atribuirle eficacia política inmediata a la ciencia implica una concepción casi mágica de ella: la “eficacia” de la institución sería tal que desbordaría sus propias fronteras institucionales. Así, pues, la exigencia de una sociología política por fuerza impedía la racionalización indispensable requerida para la creciente autonomía de las diversas esferas de valores y sus correspondientes sistemas culturales de acción u “órdenes de la vida” identificados por Weber. En la medida en que la institución y las empresas científicas no avanzasen en su diferenciación del mundo de la moral, del derecho y de la política y del mundo del arte, su proceso de racionalización tenía que verse bloqueado de modo inevitable. Con el ánimo, entonces, de fortalecer el cabal desempeño de las funciones políticas, acabó por debilitarse el proceso de modernización científica. Un rotundo testimonio de lo anterior fue el de la liquidación políticamente inducida del Programa Latinoamericano de Estudios del Desarrollo (PLEDES), un programa de posgrado, único en su época, que contaba con la colaboración de profesores extranjeros de alto nivel y que cayó en desgracia por la financiación de la Fundación Ford, denunciada como políticamente inaceptable.

Se dio, entonces, una complicidad—o, si se prefiere, una relación de causa a efecto—entre el escaso grado de diferenciación estructural del sistema social de la época y las aspiraciones por crear una sociología que respondiese a esa misma deficiencia estructural. El resultado esperado no podía ser otro que la llamada sociología *engagée*, esto es, una sociología comprometida en su quehacer con la construcción de la nacionalidad y de una sociedad democrática. Por más loable que sea dicho empeño desde una perspectiva política, pienso que sus consecuencias fueron negativas desde una doble perspectiva científica.

En primer lugar, sería exagerado sostener que la práctica de la susodicha sociología fue eficaz en contribuir al desarrollo político del sistema social colombiano. El impacto de la sociología como tal en el desarrollo político nacional es, en el mejor de los casos, insignificante. Con la única excepción del movimiento de opinión suscitado por la publicación de la investigación sobre la vieja violencia partidista de Orlando Fals, Germán Campos y Eduardo Umaña Luna —obra, por lo demás, de muy escaso valor

propiamente sociológico—la exigua investigación sociológica generada por el Departamento no ha contribuido de manera ostensible en el planteamiento o discusión de la problemática nacional. De hecho, es lícito afirmar que la investigación con un impacto más permanente y menos episódico en el panorama nacional fue la menos volcada hacia una sociología comprometida. Me refiero a las valiosas investigaciones sobre la familia en Colombia realizadas por Doña Virginia Gutiérrez de Pineda.

En segundo lugar, el énfasis en una sociología comprometida —con un acento exagerado en todo lo relativo al Estado— distrajo la atención de una multiplicidad de temas que dejamos en manos de los antropólogos. Consecuencia de lo anterior es que nuestra sociología ha sido de una orientación “machista”: la realidad eminente y que merece ser conocida casi con exclusión de cualquiera otra es aquella asociada con el mundo del poder y de lo público. Esa orientación “monopólica” ha embotado nuestra sensibilidad para la comprensión y el estudio de otros temas que gravitan alrededor de la vida privada y del actor social. Distantes del mundo del control institucional —el poder y lo público—, los temas relacionados con el fascinante mundo de la identidad y de los valores —religiosidad, sexualidad, vida privada, sentimientos colectivos y, de modo general, el mundo de lo simbólico— han sido tristemente relegados en nuestra agenda temática.

Nada de lo anterior implica, por supuesto y por último, que la sociología no esté en condiciones de colaborar en el desarrollo de nuestra nación y de nuestra sociedad. Pero sí pienso que en el mundo de hoy en día, con sus nítidas diferenciaciones institucionales y funcionales, su mejor contribución dependerá de su capacidad de definir su quehacer y sus tareas en función de sus propias exigencias científicas. No es una paradoja pensar que su mayor aporte para el futuro nacional reside en su propia institucionalización como empresa científica. La sociología es decisiva en el proceso de creación de una ciencia social robusta y dinámica, elemento, a su turno, capital para la Colombia del futuro. Y esa sociología sólo puede germinar en la medida en que se le deje crecer en función de sus propios criterios autónomos.

\*El presente texto recoge y amplía la presentación hecha el 11 de mayo de 2000 durante la mesa redonda “La Sociología en la perspectiva del desarrollo nacional colombiano” con ocasión de los cuarenta años de esta disciplina en la Universidad Nacional y la conferencia inaugural del programa de Maestría en Sociología en la novena promoción, el 5 de marzo de 2001.

**Fernando Uricoechea**  
Profesor del Departamento de Sociología  
Universidad Nacional de Colombia  
urico@cable.net.co